

Premio Nobel 2018. La escritora Olga Tokarczuk obtuvo el galardón que había quedado vacante el año pasado debido a los escándalos suscitados en la Academia Sueca. Conjugaba una obra ambiciosa con una larga eco-militancia y enfrenta las versiones oficiales de la historia.

COMO DIRÍAS LA VERDAD EN POLACO

POR EWA KOBYLECKA-PIWONSKA
ESPECIAL DESDE VARSOVIA

En la árida década de los sesenta en la Polonia Popular, una niña de pocos años es mandada por sus padres a hacer una pequeña compra. Por el camino, no se encuentra con un lobo, pero sí ve de lejos un oso: se olvida del encargo y vuelve corriendo a casa, donde sus padres —ambos profesores de una universidad rural, gente tolerante, con una mente abierta y, cosa excepcional para aquellos tiempos, indulgente también con los excesos imaginativos propios de la infancia— escuchan el relato y, con una paciencia intransigente, le piden no mentir. La niña insiste y ellos no ceden. En aquel momento, contado en un libro de ensayos *El momento del oso*, Olga Tokarczuk nació como escritora; un mito de origen que combina la soledad, un desorden ontológico y un desafío lanzado a las “verdades” aparentes, los clichés que persisten por la inercia del pensamiento: como que la unidad social básica sea creada por lazos de sangre que, multiplicados, forman también una nación; que los combustibles fósiles sean la única, y además comercializable, fuente de energía; que la población humana se divida en partes iguales en dos sexos; que el hombre necesite pertenecer a una comunidad y, para su propio bien, deba renunciar al derecho a la libre circulación.

De las “verdades” que Tokarczuk inspecciona y raspa pacientemente hasta que se vean las fisuras, la última es fundamental: su negación es la base de la metafísica que la ahora premio Nobel va puliendo desde sus primeras novelas, *El viaje de los hombres del*

Libro y Un lugar llamado antaño, para darle el toque más perfecto en *Los errantes*. Esta “novela de constelación”, como la llama la autora, está compuesta por historias sueltas, notas cortas, entradas de un diario de viaje, apuntes hechos en servilletas en bares de aeropuertos, citas de libros, reproducciones de mapas legendarios y reales. Estar siempre en movimiento, cortar lazos de pertenencia y transitar fronteras es la exclusiva señal de identidad de sus personajes, que así resultan antinomias perfectas de un turista masivo de viaje *all inclusive*.

El sentido profundo de este peregrinaje no es solo individual —deconstruir una identidad que gravita sobre las raíces, el origen, el territorio— sino también metafísico, porque la única existencia verdaderamente posible, según Tokarczuk, es la de un nómada: la quietud y el reposo son, como diría Witold Gombrowicz, formas congeladas, de las cuales la muerte es la más sólida. Para contar este ser heraclíteo es necesario un lenguaje híbrido, anárquico, que se alimente de varias fuentes y, efectivamente, la escritora combina mitos y fantasías con hechos reales, baraja símbolos, ensaya alegorías religiosas.

Su estilo es preciso y claro, como si cada cosa, concreta o abstracta —guías turísticas, Wikipedia, bolsas de plástico, pureza de sangre— fueran tomadas con pinzas y observadas desde muy cerca, aunque esta mirada de una miope, forzosamente, nunca es definitiva, porque “describir es destruir”, hacer que los lugares y los objetos se destiñan y pierdan sus contornos. La reescritura de una historia real es la base del último libro de Tokarczuk, *Los libros de Jacob o un*



Entre sus activismos, el ecologista es el que más resonancia tuvo cuando se anunció el galardón.

gran viaje a través de siete fronteras, cinco lenguas, tres religiones grandes, sin contar las pequeñas, una novela total y polifónica a la manera de las escritas en la gloriosa época del boom latinoamericano. Un fresco social, ambientado en la Polonia del siglo XVIII (cuyas fronteras no se correspondían para nada con las actuales), cuenta la historia de una herejía fundada por Jacobo Frank, que se autoproclamó Mesías judío y, con un grupo creciente de seguidores, emprendió un viaje épico que terminó en uno de los principados alemanes, con Frank convertido en un aristócrata polaco.

La novela puede leerse como un libro histórico, puesto que respeta la verdad de los hechos, relatando los acontecimientos y dibujando personajes (incluido el mismo Frank) en todas sus ambigüedades. Sus páginas están numeradas al revés, desde el final, siguiendo la tradición hebrea, y también para destacar que “cada orden es cuestión de costumbre”. Y es ante todo este aparente equilibrio social, racial, sexual y religioso lo que la novela pone en duda, desafiando y ridiculizando las narraciones oficiales sobre la historia polaca, que suelen valerse de una serie de mitos raídos, como el de la tolerancia, unidad nacional y monopolio católico, encerrando cuidadosamente los cadáveres en el armario.

Después de esta novela, Tokarczuk fue proclamada *wieszczka*, el femenino de *wieszcz*, poeta-profeta romántico capaz de prever el futuro de la nación. Pero, como suele ocurrir, al menos en polaco, con los nombres de profesiones que en masculino suenan serios y responsables, una vez que adquieran el sufijo del femenino pa-

recen formas grotescas, suenan raro o cambian de significado. Tal es el caso de *wieszczka*, que denota la figura de una bruja irreverente, loca y descarada. Y resulta un nombre bien merecido, tanto para la autora misma como para sus personajes, entre los cuales abundan las mujeres fuertes y autoritarias, como Chaja, profetisa de estirpe judía, Chana, esposa de Frank, e incluso Shejiná, encarnación del elemento femenino de Dios que Frank termina asociando con la Mesías-mujer.

Entre los activismos practicados por Tokarczuk, el ecologista es el que más resonancia tuvo cuando se anunció el galardón, cosa entendible, dado el clima político internacional. La novela en la que más tajantemente denuncia el sistema del exterminio animal, institucionalizado y culturalmente aprobado como natural, es *Sobre los huesos de los muertos*. Este pseudo-thriller, protagonizado por Janina Duszejko, una maestra jubilada, aficionada a la astrología y traductora de la poesía de William Blake, en pocas palabras: una vieja loca que se corresponde bien con la imagen de *wieszczka*, relata una serie de asesinatos misteriosos, atribuidos por Duszejko a los animales que, sostiene, se vengán así en sus verdugos. Es una novela sombría e irónica a la vez, abrió un debate candente en Polonia por afirmar que la violencia gratuita hacia los animales es uno de los pilares fundamentales de la tradicional cultura polaca, una combinación paranoica del catolicismo y el patriarcado.

Ewa Kobylecka-Piwonska es profesora de Literatura en la Universidad de Lodz.